

— Así lo creo yo, y creo también que Apolo no se me mostrará envidioso; pues si regreso coronado de laurel le ofreceré una hecatombe como jamás se ha ofrecido á ningún dios.

Scevino declamó los versos de Horacio:

Sic te diva potens Cypri,
Sic fratres Hælenæ, Lucida siderat,
Ventorumque regat Pater,

— La nave me espera en Nápoles — añadió el César. — Quisiera marchar mañana mismo.

Entonces Petronio, con los ojos fijos en el rostro de Nerón, dijo:

— Permítame, ¡oh, divino! que antes de partir celebre un banquete nupcial, al que, en primer término, te invito á tí.

— ¿Un banquete nupcial?... ¿un banquete nupcial? — preguntó, azorado, Nerón.

— El de Vinicio con la hija del rey de los ligios. Verdad que en este momento se halla encarcelada; pero no lo es menos que por su calidad de rehén no debiera estarlo; que tú mismo ordenaste á Vinicio casarse con ella y que tus órdenes, como las de Júpiter, son irrevocables. Manda, pues, ponerla en libertad, y yo en seguida la devolveré al esposo.

La fría tranquilidad de Petronio turbó á Nerón, como le ocurría siempre que alguien le hablaba de semejante manera.

— Lo sé — respondió el César, bajando los ojos — y he pensado en ella y en el gigante matador de Crotón.

— Entonces ambos deben quedar en libertad — concluyó tranquilamente Petronio.

Pero Tigelino acudió en auxilio del César:

— Esa muchacha está encarcelada por orden del Emperador, y tú mismo, Petronio, acabas de decir que sus órdenes son irrevocables.

La historia de Ligia y de Vinicio era bien conocida de todos los presentes, y no hay que decir cuanto interés pondrían en saber como terminaría el diálogo.

— Está en la cárcel por un error tuyo, por efecto de tu ignorancia del derecho de gentes; pero contra la voluntad del César — contestó Petronio, recalcando las palabras. — Tú, Tigelino, las más de las veces eres un cándido; pero no creo que ahora pongas empeño en afirmar que esa muchacha incendió á Roma, pues el César no daría crédito á tus palabras.

El Emperador había logrado vencer su turbación y entornaba los ojos miopes con una expresión de perversidad inconfundible.

— Petronio está en lo cierto — dijo —; y como Tigelino le mirara estupefacto, repitió:

— Petronio está en lo cierto. Mañana se abrirán para esa muchacha las puertas de la cárcel; por lo que respecta al banquete nupcial, hablaremos de ello pasado mañana en el anfiteatro.

— También he perdido esta vez — pensó Petronio.

Y en cuanto llegó á su casa, bien convencido de que la muerte de Ligia era inevitable, ordenó á un liberto de su confianza que fuera al anfiteatro para ponerse de acuerdo con los esclavos encargados del servicio del *Spoliarium* respecto al cadáver de Ligia, pues deseaba entregarlo á Vinicio.

III

En la época de Nerón se pusieron en moda las representaciones nocturnas en los anfiteatros, antes muy raras y reservadas para casos excepcionales. Los cortesanos gustaban de ellas porque generalmente iban seguidas de banquetes y orgias que se prolongaban hasta el amanecer.

Si bien el pueblo estaba ahito de sangre, bastó la noticia de hallarse los espectáculos circenses próximos á su fin y de que serían ejecutados en el de aquella noche los últimos cristianos, para que un gentío enorme invadiese las gradas. De los augustales no dejó de concurrir ni uno solo, sospechando que el espectáculo sería extraordinario é interesantísimo, pues además de lo que ocurriera en la arena, podrían presenciar la tragedia de la desesperación de Vinicio. Tigelino mantenía en secreto el género de martirio reservado á la desposada del noble tribuno, y esto contribuía á excitar la curiosidad universal. Cuantos habían visto á Ligia en casa de los Aulo se hacían lenguas de su belleza. Muchos dudaban de su aparición en la arena porque la respuesta del César á Petronio en el festín de Nerva era interpretada de dos maneras muy distintas, y algunos recordaban la libertad otorgada á los rehenes de adorar á la divinidad que se les antojase y la prohibición de castigar-

les por motivos religiosos, establecida en el derecho de gentes. La incertidumbre, la impaciencia y la curiosidad, pues, eran causa de extraordinaria agitación entre los espectadores; y esta agitación subió de punto al ver llegar al César más pronto que de costumbre y acompañado, no solamente de Tigelino y de Vatino, sino también del centurión Casio, hombre de estatura y fuerza descomunales, á quien Nerón llevaba consigo solamente cuando necesitaba de una persona que le defendiese contra probables agresiones, como ocurría, por ejemplo, en las expediciones nocturnas llevadas á cabo en compañía de los augustales (1). Observaron, además, los concurrentes, que se habían tomado en el anfiteatro ciertas medidas de precaución; entre ellas la de aumentar el número de pretorianos y la de confiar su mando, no á un centurión, sino al tribuno Subrio Flavio, conocido por su inquebrantable adhesión y fidelidad al César. Era evidente que éste había querido prevenirse contra los efectos violentos de la desesperación del infortunado Vinicio, en quien se fijaban por esta misma razón con mayor interés y curiosidad todas las miradas. Palidez mortal cubría el rostro del joven patricio; copioso sudor inundaba su frente; mas tampoco era sabedor del género de martirio reservado á su amada, y esta incertidumbre le causaba terrible ansiedad.

Ni siquiera Petronio tenía la menor idea de lo que ocurriría en la arena. Al regresar del banquete de Nerva preguntó á su sobrino si estaba preparado para cualquiera contingencia y si asistiría al espectáculo nocturno del día siguiente. Y á las dos preguntas contestó Vinicio con un sí muy seco, mientras recorría todo su cuerpo terrible calofrío, pues había adivinado el sentido de las palabras de Petronio.

Cierto, se había resignado ya á la muerte de Ligia, convencido de que era una liberación de sus sufrimientos y el principio de la gloria eterna; pero ante la inminencia del terrible acontecimiento se sobresaltó y atribuló de nuevo, y otra vez sintió el deseo irrefrenable de salvar á Ligia á costa de cualquier sacrificio.

Por la mañana había intentado penetrar en el subterráneo del Circo para cerciorarse de que Ligia estaba allí; pero los pretorianos guardaban todas las puertas y la consigna era tan rígida que ni con halagos, ni con súplicas, ni con oro logró

(1) Véase página 70.

ablandarles. La incertidumbre le desgarraba el alma; pero al mismo tiempo le permitía mantener la esperanza de que Ligia no hubiera sido llevada al anfiteatro, de que Cristo le hubiese concedido la gracia, con tanto fervor impetrada, de hacerla morir en la cárcel. Su mente rechazaba la idea de que el Señor permitiera torturar á Ligia en la arena; y no obstante haberse resignado antes á que se cumplieran sus designios, al verse rechazado de todas las puertas de los *cuniculos*, al comprender por las curiosas miradas de los espectadores, cuando tomó asiento en el anfiteatro, que podrían muy bien realizarse sus espantosos presentimientos, empezó á rogar mentalmente á Cristo con vehemencia rayana en amenaza.

— ¡Tú puedes salvarla! — decía, apretando los puños convulsivamente — ¡Si! ¡Tú puedes!...

No había presentado siquiera los atroces padecimientos que le atormentarían al hallarse con la realidad del martirio de su amada, y experimentaba ahora el temor de que al verla en la arena, si no le alentaba la gracia divina, se derrumbase en su alma todo el edificio de aquella fe que le sostenía la vida, de que se convirtiese en odio su sentimiento religioso y su esperanza en desesperación; y por esto, principalmente, impetraba de Cristo un milagro: no el de salvar á Ligia de la muerte, sino el de que muriese antes de salir á la liza fatal.

— ¡No me niegues esta gracia, Jesucristo, Dios mío! ¡Concéde me al menos esta muestra de tu infinita bondad — repeta, — y te amaré, y te adoraré con toda la efusión de mi alma!

Asaltáronle la mente nuevos pensamientos, como encrespadas olas de un mar tempestuoso. Sintióse repentinamente presa del deseo de venganza, y á punto estuvo de arrojarle sobre Nerón con el propósito de estrangularle. Pero se contuvo al pensar que con este deseo ofendía á Cristo y hollaba sus santos mandamientos. A veces cruzaba por su mente, como estrella fugaz, la idea de que la mano potente y misericordiosa de Dios destruiría de un solo golpe todas aquellas cosas que le oprimían y amedrentaban; pero muy pronto recobraba su puesto la aflicción, é imaginaba el tribuno que Aquél que con una sola palabra podía convertir en polvo el anfiteatro le había abandonado, sin embargo de creer en Él firmemente y de amarle con todo su corazón. Luego la fantasía le representaba á Ligia yaciendo en el obscuro subterráneo, enferma, indefensa, abandonada, á merced de los brutales carceleros, tal vez

moribunda... mientras él se veía obligado á esperar, abatido é impotente, en las gradas, sin saber siquiera á qué clase de torturas sería sometida.

Mas, al fin, de la misma suerte que un hombre precipitado al abismo se agarra á cuanto halla á mano, Vinicio se asió de un solo pensamiento: ¡únicamente la fe podía salvarla! Este era el último recurso. ¿Por ventura no había afirmado Pedro que la fe mueve las montañas?... Ahogó, pues, todas las dudas; concentró todas sus potencias; todo su ser se transformó en esta palabra: «¡creo!...», y esperó el milagro.

Pero como se rompe una cuerda demasiado tirante, así se rompieron en su alma las energías que le quedaban. Cubriósele el rostro de mortal palidez, y á punto estuvo de perder el sentido. Entonces pensó que acaso habían sido escuchados sus ruegos, y él estaba agonizando, también moría Ligia, y Cristo les llamaba por fin al Paraíso. La arena, las blancas togas de las primeras filas de espectadores, el brillo de los millares de luces esparcidas por el anfiteatro, todo desapareció de su vista... Pero el delirio fué de corta duración. Volvió en sí, ó mejor, le despertó la estruendosa pateadura con que el público demostraba su impaciencia.

— ¿Te sientes mal? — le dijo Petronio. — Hazte llevar á casa.

Y se levantó para darle el brazo, sin curarse de lo que el César podría pensar acerca de aquel acto, pues, además de moverle un sentimiento de compasión por los sufrimientos de su desdichado sobrino, indignábale ver al César observando á Vinicio á través de su esmeralda y estudiando con refinado deleite la expresión de sus angustias y dolores, quizás para describirla luego patéticamente y arrancar aplausos con su lectura. Vinicio hizo una señal negativa con la cabeza. Morir en el anfiteatro no le importaba; pero jamás hubiera salido de allí, con mayor motivo estando á punto de dar comienzo el espectáculo.

Efectivamente; en aquel instante el Prefecto de la Ciudad arrojó á la arena su pañuelo de color purpúreo, rechinaron sobre sus goznes las puertas opuestas al *podium*, y del fondo obscuro del corredor surgió la gigantesca figura de Oso.

Deslumbrado por la intensidad de la luz, el ligio parpadeó un instante junto á la puerta; pero después avanzó hacia el centro y miró en torno como para averiguar con quien tenía que habérselas. Aunque de los augustales y de la mayor parte

del público era ya sabido que aquel hombre había estrangulado á Crotón, su presencia fué saludada en todas las filas de espectadores con murmullos de asombro.

Los atletas de estatura superior á la común eran no pocos en Roma; pero jamás los quirites habían visto en la arena un coloso como aquél. Casio, el centurión encargado de defender en caso necesario la persona del César, no pasaba de ser un enano al lado de Oso.

Los senadores, las vestales, los cortesanos, el mismo César, el pueblo, contemplaban con admiración y entusiasmo de inteligentes en la materia las piernas robustas, macizas como troncos de árbol, el pecho semejante á dos escudos soldados, los brazos y las manos descomunales de aquel Hércules; pues para el pueblo romano el colmo de la voluptuosidad consistía en ver los músculos poderosos en tensión durante la lucha.

Pero Oso, muy ajeno á la admiración que despertaba, permanecía inmóvil en el centro de la liza, semejante á un coloso de granito, absorto y triste, mirando con sus ojos azules, como niño asombrado, ora á los espectadores, ora al César, ora á las puertas de los *cuniculos* de donde suponía que habían de salir sus verdugos.

Abrigaba todavía la esperanza, en el momento de salir á la arena, de que se le crucificaría; pero al ver que en ésta no había cruz, ni hoyo donde plantarla, se resignó pensando que no era digno de tal género de muerte. «Acaso seré despedazado por las fieras» dijo para sí. Y disponiéndose á morir como correspondía á un cristiano, tranquila y pacientemente, cayó de hinojos, cruzó los brazos sobre el pecho, y, dirigiendo la mirada hacia el cielo tachonado de estrellas, se puso á orar.

Esta resolución desagradó á la muchedumbre, fastidiada ya de ver morir á los cristianos como corderos. En verdad, si tampoco aquel gigante se defendía, el espectáculo iba á resultar muy aburrido. Algunos silbaron, otros pidieron la inmediata salida de los *mastigóforos* que, como es sabido, tenían la misión de hostigar á los infelices condenados para obligarles á combatir. Pero pronto se restableció la calma, porque todos ignoraban á qué linaje de suplicio se había condenado al gigante, y á todos quedábales la duda de si se defendería al hallarse cara á cara con la muerte.

La espera no fué larga. Conmovieron el aire los agudos y estridentes sonidos de las trompetas de cobre; abriéronse otra

vez las puertas del lado opuesto al *podium*, y saltó á la arena, entre los gritos salvajes de los bestiarios, un enorme *auroch* que llevaba á una mujer atada sobre el testuz.

— ¡Ligia! ¡Ligia! — gimió Vinicio.

Luego, apretándose las sienes con ambas manos y encogiendo el cuerpo violentamente, como herido por invisible flecha, gritó con voz ronca, semejante á un estertor:

— ¡Creo, Dios mío! ¡Oh, sí! ¡Creo! ¡Creo! ¡Jesucristo, Señor! ¡Un milagro! ¡Creo!

No advirtió siquiera que Petronio le cubría piadosamente la cabeza con la toga, é imaginó ser producida por la muerte ó por la inmensidad del dolor la obscuridad que envolvía sus ojos. Completamente insensible y ajeno á cuanto le rodeaba, sólo repetía, balbuceando, como en delirio:

— ¡Creo!... ¡creo!... ¡creo!...

Mientras tanto en la arena ocurría un hecho extraordinario, conmovedor, patético. El ligio, á pesar de haberse resignado á morir tranquila y pacientemente, como buen cristiano, al ver á su señora y princesa sobre los cuernos del *auroch* saltó como si le hubiesen aplicado á la piel un hierro candente, y, echando á correr con el cuerpo arqueado, se arrojó sobre la fiera y la cogió por los cuernos. El primer movimiento del ligio fué acogido con atronador clamoreo; pero en seguida callaron todos los espectadores.

— ¡Mira! — exclamó Petronio, apartando la toga que cubría la cabeza de Vinicio.

Este, levantándose de su asiento, volvió hacia la arena el semblante, pálido como el de un cadáver. Todos los augustales estaban de pie, y tanto ellos como los demás espectadores contenían el aliento. Era tan profundo el silencio en el anfiteatro que se habría oído el zumbido de una mosca. La multitud no daba crédito á lo que veían sus ojos... ¡Jamás se había visto nada semejante en Roma!

El ligio, con los pies hundidos en la arena hasta los tobillos, con el cuerpo combado como un arco á punto de disparar la flecha, con la cabeza casi oculta entre los descomunales hombros, y tensos y tan turgentes los músculos que no parecía sino que por su presión iban á rasgar la piel y á estallar, sujetaba al monstruoso animal por los cuernos, manteniéndolo como clavado en el suelo. La inmovilidad de uno y otro era tan absoluta, que muchos espectadores imaginaron hallarse delante

de un grupo escultórico en que se representara alguno de los famosos trabajos de Hércules ó de Teseo (1). Pero bajo aquella aparente quietud se movían y luchaban dos terribles fuerzas contrarias. También el *auroch* tenía las extremidades hundidas en la arena, y su cuerpo obscuro y veloso estaba encogido de suerte que semejaba descomunal pelota. ¿Cuál de las dos fuerzas cedería primero? ¿Cuál resultaría vencida? Este era el problema que tenía en tensión todos los espíritus, lo único que interesaba entonces á aquellos espectadores fanáticos por semejantes espectáculos. ¿Qué representaban la grandeza de Roma y el dominio del mundo en parangón de tan conmovedora lucha?... El ligio, para el pueblo romano, era en aquel momento un semidios, un héroe digno de ser deificado y de que se le erigieran estatuas.

Hasta el César se levantó de su asiento. Al preparar el espectáculo, burlándose de la extraordinaria fuerza del ligio, se habían dicho riendo, Nerón y Tigelino: « ¡Á ver si el matador de Crotón despachará con igual facilidad al animal que le soltaremos! » Y ahora miraban estupefactos, sin dar apenas crédito á la realidad, el cuadro estupendo que á sus ojos se ofrecía.

Muchos espectadores habían alzado los brazos, y así permanecían, como petrificados, de pie sobre las gradas. El sudor inundaba el rostro de otros, como si ellos, y no el ligio, sostuvieran la lucha con la fiera. En el anfiteatro solamente se oía el chisporrotear de las luces y el caer de las ascuas desprendidas de las teas. Pero si los labios callaban, los corazones, en cambio, latían con tal violencia, que no parecía sino que iban á saltar de los pechos. A todos les parecía que la sorda, pero formidable lucha, duraba siglos.

Y el hombre y la fiera, sin moverse del mismo sitio, en tensión increíble los músculos, parecían clavados en el suelo.

De pronto se oyó en la liza sordo rugido, semejante á un lamento, que arrancó á los espectadores un grito involuntario; pero en seguida se restableció el silencio. Todos creían estar

(1) Héroe griego considerado por muchos como fundador del Estado atenense. Las proezas que se le atribuyen (haber limpiado el país de monstruos y ladrones, haberle libertado de un tributo de manebos y doncellas que pagaba á Creta, etc.) tienen mucha semejanza con las que se atribuyen á Hércules, semidios de quién, como de muchos dioses y héroes griegos, no damos noticia alguna, por ser conocidos de las personas algo instruídas.

soñando. La cabeza monstruosa de la fiera empezaba á torcerse bajo la presión de los brazos hercúleos del bárbaro. Tenia éste el rostro, la nuca, los hombros, la espalda enrojecidos por la sangre; aún había encorvado más el cuerpo, y era evidente que recogía y concentraba todas sus energías para hacer un esfuerzo supremo.

El mugido del *auroch* era cada vez más sordo, más ronco y angustioso y mezclábase con el jadear penoso del ligio. La cabeza de la fiera iba torciéndose por momentos, y de súbito viósele sacar, colgando, la lengua llena de espuma.

Pasó un instante más, los espectadores de las primeras filas percibieron un crugido de huesos que se descoyuntaban, y la fiera se desplomó con el cuello quebrantado.

El gigante, en un abrir y cerrar de ojos rompió las ligaduras que tenían sujeta á Ligia sobre los cuernos, y cogiéndola entre los brazos estuvo un instante inmóvil, como si hubiese perdido el sentido, jadeando, pálido el semblante, con los cabellos en desorden, sudando copiosamente; mas no tardó en levantar la mirada y en pasearla por las gradas, que retemblaban, por efecto de los aplausos y de las aclamaciones. Jamás en los juegos circenses se había presenciado una ovación como aquella.

Los espectadores de las últimas filas descendían en tropel, estrujándose en los pasillos, para ver mejor al nuevo Hércules. De todos lados se pedía clemencia para el gigante. «¡Gracia! ¡Gracia!» gritaban millares de voces, y pronto el clamoreo se convirtió en una especie de atronador alarido. Oso, para la muchedumbre, era en aquel instante el primer personaje de Roma.

El ligio, comprendiendo que se pedía el perdón y la libertad para él, avanzó en dirección al *podium*, y con Ligia sobre los brazos tendidos, alzó los suplicantes ojos, como si quisiera decir:

—¡No! ¡Para mí no!... ¡Para ella el perdón... pues por ella he hecho todo esto!

Los espectadores comprendieron su deseo; y á la vista de la hermosa muchacha desvanecida, que en los brazos del coloso parecía una niña, se conmovieron hondamente plebeyos, jefes militares y senadores.

Aquella linda criatura, blanca como el alabastro; su desmayo; el peligro horrendo que acababa de correr, tan prodigiosa-

mente vencido; la atlética belleza y la fidelidad increíble del gigante enternecieron los corazones. Muchos creyeron que se trataba de un padre que impetraba gracia para su hija. El sentimiento de piedad se propagó con rapidez extraordinaria por las filas de la muchedumbre ahita de sangre, de martirios y de matanza; y entre sollozos y lágrimas, millares de voces pidieron perdón para entrambos.

Oso, en tanto, daba la vuelta á la arena, siempre con el cuerpo desmayado de Ligia sobre los brazos tendidos, implorando con el gesto y con la mirada gracia para ella.

De repente Vinicio saltó á la liza, y corriendo hacia su amada cubrióle el cuerpo con la toga. Después se desabrochó la túnica, enseñó al pueblo las heridas del pecho recibidas en la guerra de Armenia, y tendió los brazos en actitud suplicante.

El frenesi de la muchedumbre traspasó entonces los límites de lo verosímil. Los aplausos, los alaridos, los sollozos, el pateo, se confundían como en un trueno ensordecedor é interminable. Las voces de los que pedían gracia no tenían el acento de la súplica, sino el de la amenaza. El pueblo no abogaba ya únicamente por el gigante, sino también por la muchacha, por el guerrero, por el amor de entrambos. Docenas de millares de espectadores miraban al César con ojos encendidos en cólera y levantaban los apretados puños.

Mas Nerón vacilaba, pues aunque en realidad no sentía el menor odio contra Vinicio y ningún interés le impulsaba á querer la muerte de Ligia, hubiera preferido ver como el *auroch* destrazaba con sus cuernos á la infeliz muchacha, ó como otras fieras la despedazaban entre sus garras, porque su naturaleza cruel y sanguinaria, su morbosa fantasía, su perversión de sentimientos, le hacían hallar deleitosos semejantes espectáculos. Aquel súbito acceso de piedad, aquel delirante entusiasmo de la muchedumbre, no tenían para él otra significación que la de un capricho en virtud del cual se le privaba de la voluptuosidad que había de proporcionarle la muerte de Ligia. El amor propio, pues, le inducía á la resistencia; pero al mismo tiempo su innata pusilanimidad le impulsaba á ceder.

Miró á los augustales para ver si alguno tenía el pulgar en dirección al suelo, en señal de pedir la muerte; mas Petronio alzó ambas manos y le clavó los ojos en el rostro como desafiándole; y Vestinio que, si bien por virtud de incurable superstición tenía miedo á los fantasmas, no temblaba ante los hom-

bres, pedía asimismo clemencia con signos inequívocos, lo mismo que los senadores Scevino, Nerva, Tulio Seneción, el viejo y famoso capitán Ostorio, Scapula, Antistio, Pison, Veto, Crispino, Minucio Termo, Poncio Telestino y el austero Tra-seas, á quien el pueblo veneraba. Al ver esto, el Emperador se quitó del ojo la esmeralda con expresión de despecho. Pero Tigelino, en su afán de molestar á su rival, se inclinó y dijo al César por lo bajo:

—¡No cedas, divino; tenemos á los pretorianos de nuestra parte!

Entonces Nerón se volvió hacia el punto en donde estaba el tribuno Subrio Flavio, á quien aquel día se había confiado el mando de los pretorianos, y advirtió una cosa realmente inconcebible: el rostro del viejo y fidelísimo tribuno no había perdido su habitual austeridad, pero se deslizaban por sus mejillas gruesas lágrimas. Además, tenía Flavio alta la mano, en señal de pedir clemencia.

El pueblo, en tanto, se impacientaba. Á consecuencia del pateo habíase levantado densa nube de polvo que llenaba el anfiteatro, y en medio del tumulto general oíanse distintamente los gritos de:

—¡*Barbarroja!* ¡*Matricida!* ¡*Incendiario!*

El Emperador se asustó, porque el pueblo en el Circo era rey absoluto. Los predecesores de Nerón, especialmente Caligula, habían osado alguna vez oponerse á la voluntad de los espectadores, aunque no sin provocar desórdenes y represiones violentas, con efusión de sangre. Pero *Barbarroja* se hallaba en una situación excepcional. Primeramente, en su calidad de histrión y de cantante, no podía prescindir del aura popular; en segundo lugar, necesitaba tener al pueblo de su parte en la lucha con el Senado y los patricios; por último, después del incendio de Roma le convenía muy mucho no concitarse el odio de la plebe porque cada día tomaban mayor cuerpo los rumores de que los verdaderos incendiarios no eran los cristianos. Echó de ver, pues, que una prolongada resistencia podría acarrearle serios disgustos, ya que la agitación del Circo estaba á punto de trascender fuera y extenderse por toda la Ciudad. Miró otra vez á Subrio Flavio, al centurión Scevino, á los pretorianos, y no hallando á su alrededor sino entrecejos arrugados, semblantes conmovidos, miradas provocativas, hizo también el signo de gracia.

En toda la extensión del Circo resonó fragoroso, imponente, frenético, un huracán de aplausos, pues el pueblo sabía que la vida de los indultados estaba ya asegurada, porque desde aquel momento quedaban bajo su formidable protección, y nadie, ni el mismo César, se hubiera atrevido á atentar contra ellos.

IV

Cuatro bitinios transportaron cuidadosamente á Ligia á casa de Petronio. Escoltando la litera iban Oso y Vinicio, que andaban en silencio, ansiosos de llegar presto para confiar la enferma á un médico griego. Vinicio permanecía aun en estado de relativa inconsciencia; repetíase mentalmente que Ligia estaba en salvo; que no la amenazaban ya ni la prisión ni la muerte; que se habían acabado ya todas las desventuras; que en breve la llevaría á su casa para no separarse jamás de ella; y se le antojaba que esto era el principio de otra vida y no un hecho real en la presente. A cada momento se inclinaba sobre la litera para mirar el rostro de su amada, que á la claridad de la luna parecía dormida, y repetía de continuo para sí: «¡Es á Él, á Cristo, á quien debo su salvación!» Acordábase de que al transportarla, ayudado de Oso, al *Spoliarium*, presentóse un médico desconocido y le aseguró que la doncella vivía y continuaría viviendo. Esta afirmación le llenó el pecho de una felicidad tan grande, que de vez en cuando se sentía presa de delirios y tenía que apoyarse en el brazo de Oso, el cual, con los ojos clavados en el cielo esmaltado de estrellas, oraba. Caminaban apresuradamente por entre las casas recién construidas, cuya blancura resplandecía á la claridad de la luna. La Ciudad estaba desierta. Sólo de trecho en trecho veíanse grupos de personas coronadas de yedra que cantaban y bailaban delante de los pórticos, al compás de la flauta, aprovechando la calma y apacibilidad de la noche y los últimos días de fiestas populares que acompañaban siempre á los espectáculos. Cuando estuvieron cerca de la morada de Petronio Oso dejó de rezar, y dirigiéndose á Vinicio dijo en voz muy baja, como si temiera despertar á Ligia:

—Señor: es Cristo quien la ha salvado. Al verla sobre los cuernos de la fiera oí una voz interna que me decía: «Defiénd-

dela. Y esta voz era, no me cabe la menor duda, la voz del Cordero. Las penalidades de la cárcel me habían debilitado las fuerzas; pero Él me las devolvió en aquel instante, é hizo descender luego la piedad sobre los corazones de la cruel muchedumbre.

Vinicio respondió:

—¡Sea para siempre glorificado su santo nombre!

No pudo proseguir, porque las lágrimas y los sollozos se lo impidieron. Sentía anhelos de arrodillarse y dar humildemente gracias al Salvador por el milagro realizado, por tan evidente testimonio de su infinita misericordia. Los esclavos de Petronio, sabedores de lo ocurrido, salieron en tropel á su encuentro. Pablo, en Ancio, había convertido al Cristianismo á la mayor parte de ellos, y ninguno ignoraba las adversidades de Vinicio. Su alegría fué, pues, muy grande al ver á las nobles víctimas salvadas de la ferocidad de Nerón; y su regocijo subió de punto cuando el médico Teocles, después de haber examinado á Ligia, afirmó que no estaba lesionada y que curaría en cuanto cesara la depresión de fuerzas producida por la fiebre carcelaria.

Ligia volvió en sí aquella misma noche, y al encontrarse en el suntuoso *cubiculo*, iluminado con lámparas corintias y con el ambiente impregnado de los perfumes de verbena y nardo, no acertó á comprender donde se hallaba ni lo que le ocurría. Acordábase únicamente de que la habían atado á los cuernos del *auroch*, y al ver ahora el semblante de Vinicio que se inclinaba sobre ella, bañado por suavísima luz rosada, imaginó que se había desprendido ya de la tierra; y como en su débil cabecita se confundían aún todas las ideas, antojósele que se habían detenido en alguna espléndida y suntuosa posada del camino del cielo, para descansar de las fatigas del viaje. No sentía ningún dolor; sonreíase dulcemente. Quiso preguntar al amado donde se hallaban, pero brotó de sus labios solamente un murmullo, en el cual Vinicio pudo percibir el propio nombre. Entonces el dichoso joven se arrodilló al lado de su desposada, y, poniéndole la mano sobre la frente, dijo:

— Cristo te ha salvado y te ha devuelto á mí...

De nuevo los labios de la doncella murmuraron algo ininteligible; pero luego se le cerraron los ojos y quedóse dormida, con gran contento del médico, que consideraba este sueño como excelente síntoma. Vinicio continuó arrodillado al lado

del lecho, orando, hasta que cayó en un suave y dulce deliquio. Muchas veces entró Teocles en el *cubiculo*; cantaron al fin las grullas en el jardín, saludando el alba; Vinicio continuaba mentalmente abrazado á los pies de Cristo, sin ver ni oír lo que en torno suyo ocurría. Su corazón era llama viva de amor divino; sentíase como en éxtasis, y parecía que saboreaba de antemano la bienaventuranza eterna...

V

Después de la liberación de Ligia, Petronio, para no irritar á Nerón, se dirigió con los demás augustales al Palatino. Deseaba oír las conversaciones á que sin duda había de dar margen el extraordinario acontecimiento y husmear si Tigelino preparaba algún nuevo lazo para perder á la muchacha; pues aunque tanto ella como Oso se hallaban en cierto modo bajo la protección del pueblo y no era fácil que se atentara contra su vida sin provocar graves desórdenes, como sabía hasta donde llegaba la ruindad y bajeza de sentimientos del jefe de los pretorianos, conjeturaba que trataría de desahogar el despecho y la cólera dañando nuevamente á su sobrino.

El Emperador, enfurecido por no haber terminado el espectáculo según deseaba, ni siquiera se dignó volver el rostro cuando entró Petronio; pero éste, sin desconcertarse, con desenvoltura de verdadero *Arbiter Elegantiarum*, se adelantó y le dijo:

—¿Sabes, divino, lo que se me ha ocurrido?... Que podrías escribir un poema tomando por asunto una muchacha librada piadosamente por el señor del mundo, de los cuernos de un *auroch*, para devolverla á su amante. Los griegos tienen sensible el corazón, y el poema les enternecería de suerte que te harían una ovación delirante: ténlo por seguro.

Agradó la idea al César por dos motivos: primero por la belleza del asunto; segundo porque le prestaba ocasión de cantar su propia clemencia. Miró un instante á Petronio y respondió:

—Si; acaso tengas razón... pero ¿te parece prudente que yo cante mi propia magnanimidad?

—No tienes precisión de poner tu nombre. Aun así, en Roma todo el mundo adivinará de quien se trata y bien sabes que las noticias de Roma se esparcen por todo el mundo.

—¿Estás bien seguro de que en Acaya gustará?

—¡Lo juro por Pólux!— exclamó Petronio.

Y salió del Palatino muy satisfecho, bien convencido de que el César, cuya vida era una continua adaptación de la realidad á la poesía, tendría buen cuidado de no desperdiciar aquel asunto, con lo cual Tigelino quedaba atado de pies y manos. Sin embargo, esta circunstancia no le hizo modificar su resolución de hacer salir á Vinicio de Roma en cuanto la salud de Ligia lo consintiera. Al ver, pues, á Vinicio, le dijo:

—Vete á Sicilia con ella lo más pronto posible. Nada tenéis que temer por ahora de parte de Nerón; pero Tigelino es muy capaz de recurrir al veneno, no porque os odie á vosotros, sino para vengarse de mí.

Vinicio, sonriendo, contestó:

—Ligia estaba entre los cuernos del *auroch*, y, no obstante, la salvó Cristo.

—Ofrécele, pues, una hecatombe—exclamó Petronio algo ofendido;—mas procura no ponerle en situación de tener que salvarla otra vez... Recuerda como Eolo recibió á Ulises cuando éste volvió á pedirle vientos favorables. Los dioses no gustan de repetir sus actos.

—Cuando haya recobrado la salud, la devolveré á Pomponia Grecina.

—Y harás muy bien, pues Pomponia está enferma, según me ha dicho Antistio, el pariente de Aulo. En tanto, ocurrirán aquí tales hechos que pronto todo el mundo os olvidará, lo cual no deja de ser gran ventaja, pues hoy en día son los más felices aquellos de quienes nadie se acuerda. ¡La Fortuna os sea siempre propicia y os de sol en invierno y sombra en verano!

Petronio, dejando á Vinicio anegado en el piélago de su felicidad, se fué á ver á Teocles, para informarse del estado de Ligia.

Se hallaba ésta fuera de peligro. El aire puro y los solícitos cuidados iban restableciéndola paulatinamente. Dos días después ordenó el médico que la sacaran al jardín, y como le probara la prescripción, pasaba allí horas enteras. Vinicio le adornó de anémonas y lirios la litera, para recordarle el atrio de la casa de Aulo; y á la protectora sombra de los árboles, cogidos de la mano, platicaban á menudo los dos enamorados acerca de las angustias y de los sobresaltos pasados. Decíale Ligia que Cristo les había enviado aquellos sufrimientos para

transmudarle y purificarle el corazón á él y atraerlo hacia Si. Vinicio convenía en que esto era verdad, y, contemplándose por dentro, bien echaba de ver que no le quedaba en el alma ni sombra del orgulloso y egoísta patricio de un tiempo, sin más ley que la satisfacción de sus concupiscencias. A entrambos les parecía que en pocos meses habían transcurrido años y años y que el azaroso y horrendo pasado se hallaba á millares de leguas en el camino de su existencia. Vivían en una serenidad jamás gustada: una nueva vida, feliz, hasta entonces ignota, que derramaba sobre su corazón la suave y santa paz del alma. Podía agravarse la insania de Nerón y llenar la tierra de espanto; pero ellos, como si el monstruo hubiese dejado de ser el señor de sus vidas, no le temían, porque se consideraban protegidos por una fuerza incomparablemente más poderosa.

Una tarde, á la hora del ocaso, oyeron el rugido de los leones y de otras fieras en los lejanos *vivarios*; aquel mismo rugido que en otra ocasión conmovió hondamente á Vinicio, como un funesto presagio; ahora los dos amantes se miraron sonriendo, y levantaron sus ojos al cielo. A veces Ligia, aun muy débil, se adormecía en el silencioso jardín, y Vinicio la contemplaba con ojos extáticos; no dejando de observar, sin embargo, que sus facciones diferían, y no poco, de las de aquella Ligia fresca y sonrosada que había conocido en casa de Aulo. En efecto, las torturas sufridas en la cárcel y la enfermedad habían ajado su singular belleza; tenía el rostro diáfano, escuálidas las manos, adelgazado el cuerpo, pálidos los labios, y hasta los ojos parecían menos azules que antes. Petronio pensaba muchas veces al verla que, después de todo, aquella «sombra de los Campos Eliseos» no valía los sinsabores, los esfuerzos, las congojas y las ansias que habían estado á punto de matar á Vinicio; pero como éste no amaba ahora el cuerpo, sino el alma de la doncella, la amaba con más ardor que antes.

VI

La nueva de la milagrosa liberación de Ligia se difundió con rapidez entre los cristianos que habían escapado á las persecuciones, y fueron no pocos los que quisieron ver á la joven